

**DIALÓGICA, POLÉMICA, RETÓRICA, TÓPICA Y DEÍCTICA. LAS
DIMENSIONES ARGUMENTATIVAS DE LA CRÍTICA**

Eugenia Fraga

Instituto de Investigaciones Gino Germani
Facultad de Ciencias Sociales, UBA

Resumen

En el presente trabajo nos interesa realizar el análisis discursivo de "Teoría tradicional y teoría crítica", escrito fundacional de la concepción contemporánea de la práctica crítica, firmado por Max Horkheimer, uno de los referentes de la denominada Escuela de Frankfurt. Utilizaremos las herramientas del análisis del discurso, principalmente en su corriente francesa, para abordar lo que consideramos las cinco dimensiones clave de un escrito argumentativo como el que tenemos entre manos: a) la dimensión dialógica -por el hecho de que el texto adopta la forma de un diálogo-; b) la dimensión polémica -por el hecho de que ese diálogo adopta la forma de una contienda-; c) la dimensión retórica -por el hecho de que para dirimir la contienda aparecen ciertas pruebas-; d) la dimensión tópica -por el hecho de que los argumentos concretos hacen uso de ciertas fórmulas abstractas comunes; y e) la dimensión deíctica -por el hecho de que aparecen en el texto de manera clara y manifiesta ciertas referencias personales y temporales-.

Palabras clave

diálogo - polémica - retórica - topoi - deícticos

Abstract

In this paper we are interested in doing a discursive analysis of "Traditional and critical theory", foundational essay of the contemporary conception of critical praxis, signed by Max Horkheimer, one of the main figures of the so called Frankfurt School. We will use the tools provided by discourse analysis to engage what we consider to be the five key dimensions of an argumentative writing like this one: a) the dialogical dimension -because the writing takes the form of a dialogue-; b) the polemical dimension -because the dialogue takes the form of a controversy-; c) the rhetorical dimension -because in order to solve the controversy, certain proofs appear-; d) the topical dimension -because concrete arguments make use of certain common and abstract formulas; and e) the deictical dimension -because certain personal and temporal references appear in a very clear and manifest way in the writing-.

Keywords

dialogue - polemics - rhetorics - topoi - deictics

1. Introducción al problema

En el presente trabajo nos interesa realizar el análisis discursivo de un corpus específico: el artículo titulado "Teoría tradicional y teoría crítica", firmado por uno de los referentes de la denominada Escuela de Frankfurt, Max Horkheimer, con el cual queda instaurada la asociación entre dicha tradición de pensamiento y la noción de "teoría crítica". Este texto -publicado por primera vez en 1937 en la Revista de Investigación Social del Instituto del mismo nombre en Frankfurt, Alemania, y en 1968 compilado junto a otros escritos del mismo autor en la forma de un libro de dos tomos bajo el título, precisamente, de *Teoría crítica*-, es un texto sobre el cual, si bien se han dicho muchas cosas, a ninguna de ellas se ha llegado con las herramientas que nos brinda el análisis del discurso. Es por esto que nos interesa aquí utilizar dichas herramientas para abordar lo que consideramos las cinco dimensiones clave de un escrito argumentativo como el que tenemos entre manos -sobre el carácter fundacional del escrito así como sobre su inscripción en un género discursivo particular profundizaremos más adelante-. A nuestro entender, esas cinco dimensiones clave son: a) la dialógica -por el hecho de que el texto adopta la forma de un diálogo-; b) la polémica -por el hecho de que ese diálogo adopta la forma de una contienda-; c) la retórica -por el hecho de que para dirimir la contienda aparecen ciertas pruebas-; d) la tópica -por el hecho de que los argumentos concretos hacen uso de ciertas fórmulas abstractas comunes; y e) la deíctica -por el hecho de que aparecen en el texto de manera clara y manifiesta ciertas referencias personales y temporales-.

En primer lugar nos gustaría entonces hacer una digresión general sobre nuestra forma de concebir cualquier texto, y con ello, nuestra forma de concebir el trabajo con textos. Creemos, con Pierre Bourdieu, que los discursos no son simplemente "signos destinados a ser comprendidos, decodificados", sino más bien "'signos de autoridad' destinados a ser creídos y obedecidos". Esto último es lo que el autor, en *Qué significa hablar*, denomina el "rendimiento simbólico" buscado más o menos inconscientemente por los discursos (Bourdieu, 1985, p. 49-50). El rendimiento simbólico se define como el "poder de nombrar y de construir el mundo al nombrarlo", es la "intención performativa" o "mágica" de los discursos, la cual se vehiculiza por medio de ciertas "estrategias ritualizadas" con el fin de imponer una determinada "visión y división" del mundo (p. 81-82). Es que, como nos muestra Bourdieu, incluso etimológicamente, "categorizar" significaba, ya en la antigüedad, "acusar públicamente" (p. 103). En este mismo sentido, Dominique Maingueneau construye la noción de "escenografía": todo discurso da forma, en su misma enunciación, a una imagen escénica que le da el tono al discurso y

ayuda a legitimarlo, puesto que se presenta como adecuado a dicha escenografía, al mismo tiempo que presenta a ésta última como la única legítima para la enunciación del discurso. A esto llama el autor, en *Análisis de textos de comunicación*, el "proceso en bucle" de los discursos y las imágenes que ponen en escena, y así nos demuestra cómo la enunciación no se reduce a "expresar ideas", sino que, sobre todo, es el intento de "instalar el marco de su enunciación" (Maingueneau, 1998, p. 80-85).

Ya Mijail Bajtin hablaba del carácter "conclusivo" de los enunciados, es decir, de la sensación que creaban de haber "agotado el sentido" del objeto temático tratado en el mismo, más allá de que, nos advierte el autor, el sentido nunca se agota realmente. Y es justamente esta conclusividad la que obliga a "adoptar una postura de respuesta", y en definitiva, a tomar una postura, por parte del auditorio, frente a un enunciado (Bajtin, 1979, p. 263). Pero además, explica el autor en *Estética de la creación verbal*, la obligatoriedad de la respuesta y de la toma de posición viene dada por la "expresividad" misma de los enunciados, es decir, por la actitud del enunciador que es siempre "subjética y evaluadora desde el punto de vista emocional", respecto del contenido así como del objeto mismo de su enunciado (p. 271). Oswald Ducrot se inscribe en una línea similar al postular que hablar o escribir es "tratar de imponer a los otros" una construcción particular y argumentativa de la realidad. En *Polifonía y argumentación*, este autor recuerda las afirmaciones de Bajtin respecto a la dimensión "dogmática" de los textos -que subsiste con una dimensión "polifónica"-, por la cual o bien aparece "una sola voz", o bien varias voces pero "juzgadas" constantemente por una voz única, que dicta a cada momento qué pensar de cada una de las demás (Ducrot, 1990, 14-15). Incluso, explica Ducrot, suelen fabricarse enunciados "impersonales", sin locutor que se haga responsable por ellos, de modo que las palabras aparezcan como "salidas de una sabiduría situada más allá de cualquier subjetividad individual", y, en definitiva, más universales y por eso más legítimas (p. 19).

2. El género discursivo en cuestión

Visto lo anterior, podemos ahora pasar al análisis de nuestro corpus. Pero antes de indagar en cada una de las dimensiones mencionadas, consideramos necesario ubicar al corpus, en tanto discurso, dentro de un género particular, lo cual a su vez nos llevará a plantear los problemas que las catalogaciones de este tipo traen aparejadas. En primer lugar, debemos decir que nos encontramos claramente frente a lo que Bajtin denominaría "géneros discursivos secundarios" o "complejos". Éstos presentan una forma generalmente escrita, emergen en "esferas de comunicación" altamente

especializadas -como pueden ser para el caso, simultáneamente y a distintas escalas, la universidad, la academia, la investigación, la ciencia, la filosofía, las humanidades, el ensayo de opinión, el informe de coyuntura, etcétera-, y además "absorben y reelaboran" diversos géneros primarios o simples -la afirmación y la negación, el establecimiento de un hecho o una opinión, la queja o la alabanza, la expresión de una duda, una certeza o un deseo, entre otros- (Bajtín, 1979, p. 247). En segundo lugar, el mismo autor nos muestra cómo pueden clasificarse los géneros secundarios según la orientación de respuesta que buscan; así, puede decirse de nuestro corpus que comparte: una "intención educadora con respecto a los lectores", un "propósito de convencimiento", la realización de ciertos "comentarios críticos", o la búsqueda de "influencia con respecto a los seguidores y epígonos", por sólo repetir las orientaciones mencionadas por Bajtín (p. 261-262). En una dirección semejante, Maingueneau delinea una tipología de seis funciones cuyo parámetro es el "objetivo comunicacional" del discurso, lo que "se hace" -o se "quiere hacer"- con él. Entonces, entre otros, puede hablarse de discursos polémicos, didácticos, prescriptivos, y lo que vemos es que, para el caso de nuestro corpus, todos esos "tipos" parecen adecuados: nuestro texto, en efecto, busca confrontar -ya desde el título-, busca enseñar un estado de cosas, y brinda una receta sobre qué hacer con ese estado de cosas. Como afirma el mismo autor, "un mismo discurso moviliza varias funciones", además de que ciertos enunciados son difíciles de "asociar de manera clara" a una de las seis funciones (Maingueneau, 1998, p. 50).

Pero es Patrick Charaudeau en *La problemática de los géneros* quien nos brinda los elementos más claros para reflexionar sobre la clasificación de nuestro corpus. Por empezar, él utiliza la noción de "textos fundantes" -o también de "textos constituyentes"-, a los que define como teniendo por objetivo "determinar los valores de un cierto ámbito de producción discursiva" (Charaudeau, 2004, p. 25; 37). Como dijimos al principio de este trabajo, es factible considerar a "Teoría tradicional y teoría crítica" como un texto fundante, en tanto es a partir de su primera publicación que comienza a hablarse de la "teoría crítica" como un ámbito de pensamiento singularizado, e incluso como una nueva modalidad de hacer filosofía, teoría social, y/o ensayismo. En segundo lugar, más que hablar de géneros discursivos, el autor habla de "modos de organización del discurso", es decir, de tipos de discursos construidos según su "intención". Se delinearán así una serie de "objetivos" alternativos -o simultáneos- a los cuales podrían apuntar los discursos, de los cuales nos interesa resaltar cuatro para nuestro caso: el de "información", el de "demostración", el de "incitación" y el de "instrucción". En efecto, creemos que nuestro texto busca "hacer saber", "establecer la verdad y dar pruebas", "hacer hacer" y "hacer saber hacer",

correspondientemente (p. 31-32). En otras palabras, el texto busca dar a conocer un estado de cosas -el carácter caduco de la forma tradicional de teorizar-, presentar el punto de vista desde el cual se informa ese estado de cosas como un punto de vista verdadero, señalar lo que debe hacerse en función de ese estado de cosas -comenzar a teorizar con una mirada crítica-, y enseñar cómo es que debe hacerse lo que debe hacerse -mostrar en qué consiste la teoría crítica-. Como se podrá apreciar, la inscripción, al menos de este texto, bajo un único rótulo, sería altamente reduccionista, y sobre todo por las particularidades que presenta y por la relevancia de su irrupción en sus campos de competencia.

3. La dimensión dialógica de la argumentación

Habíamos anticipado que considerábamos que una de las dimensiones argumentativas de nuestro corpus era la dialógica, y ahora nos dedicaremos a profundizar en esta aseveración. Como explica Bajtin, todo discurso es "de por sí contestatario", y éste en varios niveles: no sólo porque hace un uso particular del sistema de la lengua colectivo, sino además porque entra en diálogo, por su misma enunciación, con toda una serie de discursos concretos, tanto propios como ajenos (Bajtin, 1979, p. 255). Efectivamente, "Teoría tradicional y teoría crítica" entra en relación con los distintos enunciados que conforman la herencia de la tradición de la filosofía occidental en la que se insertan y con la que sin embargo polemizan de manera diferencial, pero también entra en relación con los distintos enunciados que conforman el discurso de su época sobre el sistema científico, sus instituciones y sus prácticas, sus presupuestos y sus jerarquías. Incluso podríamos decir que entra en relación con ciertos enunciados corrientes en el sentido común de su tiempo, sobre todo aquellos que tienen por objeto, justamente, la filosofía y la ciencia, pero además la economía, la política, la cultura, en general, y el marxismo en sus distintas variantes en particular. En definitiva, como afirma Bajtin, toda palabra se le aparece a su enunciadador en tres aspectos: como "palabra neutra" y colectiva, como "palabra ajena", con significados heredados, y como "palabra propia", con significados subjetivamente atribuidos (p. 275). Podemos graficar esta triple cualidad a partir de su funcionamiento en la palabra clave del escrito que estamos analizando: "teoría". "Teoría" es un vocablo que aparece en el diccionario de la lengua alemana, pero también un vocablo que se encuentra cargado de una semántica socialmente convenida, y que Horkheimer denomina "teoría tradicional", y en tercera instancia también es un vocablo que en el texto es resemantizado, específicamente bajo el nombre "teoría crítica".

Ducrot, por su parte y en una línea similar, formula una "teoría polifónica de la enunciación" cuya hipótesis central es que

todo enunciado presenta una pluralidad de voces: la del "sujeto empírico" -el autor "de carne y hueso" del enunciado-, la del "locutor" -el "responsable presunto" del enunciado-, y la de el/los "enunciadores" -los diversos "puntos de vista" que toman forma en el enunciado- (Ducrot, 1990, p. 16). Éstos últimos, los enunciadores o puntos de vista, corresponden, precisamente, a aquellos "universos de creencia" que entran en diálogo en cualquier discurso, puesto que ellos pueden aparecer implícita o explícitamente, pero como vimos todo discurso es contestatario (p. 19-20). Ahora bien, el modo en que los distintos puntos de vista dialogan toma, típicamente, la forma de "enunciados negativos". Los enunciados negativos son aquellos donde aparecen al menos dos enunciadores, uno afirmativo y al menos otro que rechaza la afirmación, y a esto refiere Ducrot cuando afirma que ellos constituyen un "diálogo cristalizado", incluso a pesar de su "aparición monológica" (p. 23; 25). Para el caso empírico que tenemos entre manos, es claro ya desde el título del escrito que los dos puntos de vista opuestos son el de los practicantes de la "teoría tradicional" y los proponentes de la "teoría crítica". Y no sólo el escrito está casi virtualmente construido a partir de enunciados negativos, sino que además se encuentran muchísimos conectores, adjetivos, adverbios, sustantivos fuertemente subjetivados, etcétera, que dan cuenta de la multiplicidad de puntos de vista.

Otro costado de la dimensión dialógica del discurso específicamente "científico-académico" la pone bajo su foco María Marta García Negroni en *Dialogismo y polifonía enunciativa*. Si bien dicho tipo de discurso suele ser calificado de manera ingenua como "objetivo", "impersonal", "preciso" y "aséptico", sobre todo por la "baja frecuencia de formas de primera persona a favor de verbos en voz pasiva, de formas impersonales o de nominalizaciones", la autora muestra cómo, en realidad, se trata de discursos "menos abiertamente" dialógicos, pero dialógicos de todos modos (García Negroni, 2009, p. 23). Así, ella explica el rol de las comillas como aquella forma de "modalización autonímica" por la cual el enunciador "comenta" su propia enunciación, y, en ese mismo movimiento, da la imagen de poder controlarla, puesto que implica una "operación metalingüística de toma de distancia", una "suspensión del compromiso enunciativo". Existen dos modos de entrecomillar: con las "comillas polémicas" se señalan las voces con las que el enunciador discrepa; con las "comillas de aval" se enmarcan las voces con las que el enunciador concuerda. Algo similar sucede con las indicaciones bibliográficas entre paréntesis o a pie de página, que introducen en el propio discurso los discursos ajenos, a la vez que marcan la relación positiva o negativa del autor del discurso respecto de ellos. En todos los casos, de lo que se trata es de dialogar con esas otras voces, y de definir líneas fronterizas de demarcación de lo que debe quedar "dentro" y "fuera" del propio discurso, para así

constituirlo como tal (p. 24-25). Como ejemplos de comillas polémicas en nuestro corpus podemos citar los extractos de obras como: "La ciencia y la hipótesis" de Poincaré, "Discurso del método" de Descartes, "Lógica formal y trascendental" de Husserl, "Crítica de la razón pura" de Kant y "Correspondencia" de Fichte, así como conceptos específicos de autores como Stuart Mill, Weyl o Spencer; pero también podemos citar como ejemplos de comillas polémicas toda una serie de frases sin referencia autoral: "ciencia independiente, 'suprasocial'", "'logos' eterno", "'lenguaje unificado'", "'desde arriba' y sin auténtico contacto", "'poder originario'", "'pureza'", "el 'ego', el cual se cree autónomo". Como ejemplos de comillas de aval podemos a su vez citar conceptos específicos de autores como Tönnies, Durkheim, Weber, Hegel, Marx, Engels y del propio autor en escritos anteriores. Como podemos ver, son tantas más las comillas polémicas que las de aval, lo cual nos muestra que "Teoría tradicional y teoría crítica" es un texto, por así decir, con muchos más "enemigos" que "amigos", con un exterior constitutivo mucho más grande que su propio interior.

4. La dimensión polémica de la argumentación

La última frase nos conduce a la que denominamos la segunda dimensión argumentativa de nuestro corpus: la dimensión polémica. La polémica, en el caso de Bajtin, se explica por el hecho de que todo enunciado ocupa una "posición" determinada, dentro de la "esfera de comunicación discursiva" de que se trate. Pero además, dicha posición sólo aparece como tal en su correlación con la de otros: es que el mismo pensamiento "se origina y se forma en el proceso de interacción y lucha con pensamientos ajenos" (Bajtin, 1979, p. 278-279). En efecto, la postura particular que supone el escrito de Horkheimer se da en el doble marco de su intervención en la esfera filosófico-científico-académico-política, y de su toma de distancia respecto de las demás posturas existentes en dicha esfera en el momento de su intervención. Christian Plantin, por su lado, habla de un "choque de discurso y contradiscurso", en el cual se crea una "cuestión argumentativa", definida por la confrontación de puntos de vista contrapuestos en torno a un mismo tema (Plantin, 2012, p. 58). En términos muy generales, el autor plantea en *La argumentación* que la polémica puede darse de tres modos: mediante la "concesión", mediante la "objeción" y mediante la "refutación". En primer lugar, la concesión implica modificar parte de la propia postura, mostrando un acuerdo con el punto de vista opuesto en ciertos puntos de otro modo controvertidos, de manera que se le otorga cierta validez al discurso ajeno. En segundo lugar, la objeción implica "poner un obstáculo" al argumento ajeno, de modo tal que se invita a aquel a continuar el debate para poder esquivarlo; es una forma de pedir una respuesta, de mantener abierto el diálogo aunque

no se acepten los argumentos del otro. En tercer lugar, refutar implica la forma más radical de la polémica, porque implica "destruir" el discurso atacado, es "cerrar el debate"; puede refutarse tanto el argumento ajeno en sí mismo, como su pertinencia en relación a la conclusión extraída, o bien sus consecuencias (p. 70-72).

Para el caso de nuestro corpus, hemos visto ya en el apartado anterior la gran cantidad de indicadores de enunciados negativos, por lo cual no los volveremos a citar, pero podemos traer aquí a colación algunos otros. Así, son indicadores de concesión elementos léxicos tan variados como: "por supuesto", "algo obvio", "no carece de un fondo de verdad", "es cierto", "esto es verdadero", "no sin razón", "no del todo falsa", "no cabe duda de que", "es evidente", "aparato conceptual ajustado", "teoría correcta", "sin duda", "claro está". A su vez, son indicadores de objeción: "más bien diríamos", "para ser verdadero", "en su exacto sentido", "en el verdadero sentido", "verdadera en su totalidad". Finalmente, son indicadores de refutación del argumento: "en verdad", "en realidad", "conocimiento verdadero", "la verdad", "la realidad", "según se pretende", "se presenta como", "ilusión cuidadosamente cultivada"; de refutación de las conclusiones: "de hecho", "en el fondo"; y de refutación de las consecuencias: "puesto realmente en práctica", "inevitablemente", "derivación forzosa". Como podemos ver, parece ser un mecanismo bastante frecuente de refutación el presentarse como poseedor de la verdad, de la realidad, de la certeza, como carente de dudas, de errores, de ilusiones, de fantasías, a la vez que presentar el argumento ajeno como aparente, interesado, parcial, tendencioso, equívoco, confundido, idealizado y con consecuencias evidentes y nefastas, por lo cual eludirlas vuelve al contendiente un ser negativo.

Desde una óptica parecida, en *La palabra adversativa*, Eliseo Verón habla de la polémica en el discurso en tanto "enfrentamiento", en tanto "lucha" entre "adversarios" o "enemigos". Partiendo de la tesis de que todo acto de enunciación supone necesariamente que existen otros actos de enunciación "reales o posibles" distintos al propio, a los que el autor llama "el Otro negativo", no se puede sino concluir que esos distintos actos de enunciación entran en conflicto y por ello, como vimos que decía Bajtin, todo acto de enunciación "es una réplica y supone (o anticipa) una réplica". Más específicamente, se puede decir que no aparecen en la escena enunciativa polémica dos "figuras", sino tres: el "prodestinatario" de la enunciación es aquella entidad conformada por quienes se supone comparten la creencia del enunciador; el "contradestinatario" es aquella entidad conformada por quienes comparten la creencia opuesta a la del enunciador; y el "paradestinatario" es la entidad conformada por todos aquellos quienes en principio no tienen una creencia respecto de la cuestión argumentativa, es decir, respecto del tema en debate, y es a quienes el enunciador intenta convencer, precisamente,

mediante la argumentación. Los discursos, entonces, buscan "reforzar" la propia creencia, "polemizar" con la creencia opuesta, y "persuadir" a los no creyentes (Verón, 1987, p. 16-18). En el caso del corpus aquí analizado, es bastante claro que el objetivo de reforzamiento se dirige a quienes comulgan con la "teoría crítica", que el de polémica se dirige a quienes comulgan con la "teoría tradicional", y que el de persuasión se dirige a todo aquel interesado en las cuestiones tratadas en el texto pero no adscriptos en principio a ninguna de las dos formas de teorizar.

Verón explica que los discursos tienen dos "modalidades" diferentes que pueden aparecer juntas: la del "saber" y la del "deber". Además, cada una de estas modalidades está constituida por dos "componentes": la modalidad del saber se constituye por el componente "descriptivo" y por el "didáctico"; la del deber se constituye por el componente "prescriptivo" y el "programático". Cada uno de los cuatro componentes, nuevamente, puede aparecer de manera simultánea a alguno(s) de los otros tres. En primer lugar, entonces, el componente descriptivo de los discursos se refiere al ejercicio de una "constatación", de un "balance de una situación", de una "lectura" del pasado y del presente, que es altamente "evaluativa", "apreciativa" (p. 20). Así, podemos citar en "Teoría tradicional y teoría crítica" numerosos ejemplos, y los citaremos in extenso porque el hecho de que sean tantos nos dice algo sobre la forma y el contenido de la polémica que el texto presenta, una polémica fuertemente descriptiva. Con un valor positivo, entonces, aparecen las siguientes descripciones: "la lógica más avanzada", "etapas más altas", "capítulos más importantes", "más justo, más armónico", "necesario y valioso", "trabajo productivo", "fuerzas progresivas", "sentimiento gratificador", "intercambio equitativo", "fracción más avanzada", "factor estimulante, transformador", "sectores avanzados", "fuerzas liberadoras", "fuerzas propulsoras", "avance enriquecedor", "deseables y valiosas", "profunda comprensión", "grupos más avanzados", "enorme rendimiento", "organización conciente y adecuada", "papel importante", "fabulosa expansión" y "considerable mayoría".

Con un valor negativo, en cambio, aparecen en nuestro corpus otras descripciones, incluso más numerosas que las positivas, lo cual nuevamente nos dice algo acerca de él, el cual presenta un estado de situación, en términos generales, pesimista. Así, debemos citar: "fluctuante valor de mercado", "competir modestamente", "tarea cómoda y ociosa", "difícil ascenso", "funciona mal", "ciega resultante", "enormes fricciones", "inútil sacrificio", "absurda miseria", "ingeniosidad vacía", "la más torpe", "sofocante forma de ser", "lamentable impotencia", "poder fabuloso", "impotencia material", "dependencia esclavizadora", "extasiada veneración", "poder inmenso", "pesimismo social tan extremo", "mera

descripción", "disciplinantes y agresivas", "vaga analogía", "manejo virtuosista", "problemática coincidencia", "caótica economía", "proceder arbitrariamente", "penosos comienzos", "malas experiencias", "burocracia corrupta", "demasiado rígidas", "manera agudizada", "insuficiente comprensión", "cerrada trabazón", "impotentes y aislados", "participantes pasivos", "acontecer violento", "redoblados antagonismos", "hostilidad indiscriminada", "gigantescas empresas", "más inapropiadas", "mantiene brutalmente", "rentas parasitarias", "mucho más encarnizada", "estados autoritarios", "desenfrenada dinámica", "ritmo vertiginoso", "empresa problemática", "oscura barbarie" y "harto restringido".

Pero además de las descripciones, Verón habla del componente didáctico de los discursos como aquel por el cual se enuncian "principios generales", "verdades universales" sobre el mundo o el ámbito del mundo tematizado (p. 21). Nuevamente, son más los ejemplos negativos que los positivos. Pero se trata aquí de descripciones que apelan a valores que se presentan como absolutos, de allí que aparezcan adjetivos como "esencial", "pleno", "superior", "bueno", "justo", "decisivo", y que aparezcan ciertos debates típicos del pensamiento occidental desde la antigüedad como el dilema racional-irracional, material-ideal, humano-inhumano, verdad-opinión. En tercer lugar, vimos que Verón hablaba del componente prescriptivo del discurso, el cual refiere a la postulación de "necesidades deontológicas", como necesidades "naturales", "impersonales", "universales", es decir, en otras palabras, como verdaderos "imperativos" (p. 22). En este caso, podemos también citar muchos ejemplos encontrados en nuestro corpus: "biblioteca que debe crecer", "exigencia básica que debe cumplir", "de ningún modo se puede deducir", "debe clasificar", "debe efectivamente determinar", "es preciso traspasar", "es realmente necesaria", "lo que debe ser", "lo que deberían ser", "debe ser entendido", "deberá ser desarrollada", "debiera ser separado", "es preciso mantenerse fiel", "deben conducir a ello", "deban ser reajustadas", "debe tener funciones", "las determinaciones son necesariamente", "hay que introducir elementos", "debe conducir necesariamente", "debería ser evidente", "debe ser vista", "debe fracasar", "necesidad absoluta", "es preciso tener en cuenta", "deben ser adjudicadas", "la humanidad debe constituirse", "se requiere una reconstrucción", "conduce obligadamente", "deberían desaparecer", "debe cambiar", "deben vivir", son todos indicadores incontestables de la presunción de conocimiento, por parte del enunciador de "Teoría tradicional y teoría crítica" de la dirección que tomará la ruta de la historia de manera ineluctable.

Por último, Verón hablaba del componente programático de los discursos polémicos, el cual refiere a los actos de enunciación que adoptan la forma de la "promesa", del "anuncio", del "compromiso",

generalmente con formas verbales en futuro o con presencia concreta de sustantivos que lo nombren, puesto que es a su "fantasma" que este componente alude (p. 22). Así, podemos citar los siguientes ejemplos extraídos de nuestro corpus: "sociedad futura", "dentro de un tiempo previsible", "en el futuro", "datos sociopsicológicos futuros", "en épocas futuras", "espontaneidad del futuro", "ese futuro", "imagen del futuro", "todavía está por cumplirse", "en un momento posterior", "la cultura futura", "comunidad futura", "hasta entonces". Cabe aquí hacer notar que si bien nuestro texto hace bastante alusión al tiempo futuro, no presenta en cambio enunciaciones en forma de promesa, y esto tiene que ver, por un lado, con que si bien el discurso tiene un indiscutible tinte político -en sentido amplio-, no busca sin embargo intervenir en la esfera política en sentido restringido, sino en la esfera académico-intelectual; por otro lado, este hecho se explica por algo que vimos anteriormente, y es que "Teoría tradicional y teoría crítica" construye su modalidad del deber sobre todo a partir de la postulación de necesidades históricas, y no tanto de la postulación de la necesidad de acciones concretas por parte de actores individuales o colectivos determinados.

5. La dimensión retórica de la argumentación

Como habíamos anticipado, una de los objetivos de los discursos argumentativos es la persuasión, y éste permite ser analizado de manera singularmente atinada mediante el estudio de la retórica. La retórica, ya lo habíamos mencionado, es considerada aquí como la tercera dimensión de los discursos argumentativos. Para la retórica, como explica Plantin, existen tres modos de "probar" un argumento validándolo a partir de la palabra: el "logos" -aquella prueba estrictamente lógico-argumental-, el "ethos" -la prueba por la imagen del enunciador "proyectada" en el discurso-, y el "pathos" -la prueba por las emociones generadas en el discurso- (Plantin, 2012, p. 89). En este trabajo nos concentraremos en las dos últimas pruebas. En primer lugar, entonces, el autor define al "ethos" como el "carácter moral" del autor de un enunciado, como su "autoridad", que genera más o menos "empatía, identificación y transferencia" según sus cualidades. Esta imagen del enunciador se conforma de diversos modos, tanto extra como intradiscursivos, de los cuales para el trabajo presente nos interesa uno en particular: el ethos que es "efecto del discurso mismo", es decir, el "fantasma del autor construido a partir de la lectura de un texto" (p. 90-91). Como fuimos viendo a lo largo del trabajo, la imagen de Horkheimer que se desprende de la lectura de "Teoría tradicional y teoría crítica" tiene varios elementos: a) por su carácter de texto fundante, se proyecta un ethos "creador" -de nuevas formas de teorizar, pero también de nuevos contenidos para la teoría como concepto-; b) por su cuádruple

objetivo informativo, demostrativo, incitativo e instructivo, se proyecta un cuádruple ethos "sabio", "educador", "orientador" y "modelo"; c) por su inscripción bifaz en el pensamiento filosófico-científico, se proyecta un ethos también bifaz, que es tanto "heredero" como "hereje", según de qué tradición se trate -positivismo, racionalismo, idealismo, liberalismo, marxismo economicista, marxismo dialéctico, etcétera-; d) por su doble carácter de pretensión de objetividad y de posesión de la verdad y de los valores absolutos, por un lado, y de señalamiento de las parcialidades e intereses del pensamiento ajeno, por otro, se proyecta un ethos también doble, "neutral" y "normativo" a la vez; y finalmente e) por su carácter fuertemente confrontativo -predominancia de enunciados negativos, de objeciones y refutaciones, de comillas polémicas, de adjetivaciones pesimistas-, se trata sobretudo -y esto coincide con la autodescripción del propio autor- de un ethos "crítico".

Pero además de la cuestión del "ethos", Plantin habla del problema del "pathos", al cual concibe como la "provocación de emociones", que permitan "ganarse el favor" del auditorio, al intentar que éste "ceda al arrastre de la pasión", de los "afectos" positivos o negativos, "estimulados" o "neutralizados" según la necesidad del caso (p. 94). Así, y a riesgo de repetir algunos de los ejemplos utilizados en otros apartados del trabajo, cabe citar aquí las reacciones incitadas al oponer los "antagonismos" y "hostilidades" "encarnizados" y "brutales", a la idea de una sociedad "más armónica"; al oponer la realidad de las "gigantescas empresas" con "rentas parasitarias" y "moralmente dudosas" a la posibilidad de un "intercambio equitativo"; al oponer el "fracaso profundo", las "malas experiencias", y el "acontecer fatalista" y "violento" al "avance enriquecedor"; al oponer la "burocracia corrupta" y el "estado autoritario" y, en definitiva, la "sociedad desgarrada" a la "buena sociedad"; el "fluctuante mercado" y la "caótica economía" que procede "arbitrariamente", "anárquicamente", "desenfrenadamente" y "vertiginosamente", a la "organización racional"; la "cultura decadente", "pesimista", "bárbara" y "oscura" a una cultura "plena de sentido"; la "dependencia esclavizadora" a las "fuerzas liberadoras"; y la "absurda miseria" a la "sociedad justa".

Por último, quisiéramos retomar brevemente lo que habíamos adelantado acerca de la importancia de la "escenografía" de los discursos. En *El ethos y la voz de lo escrito*, Maingueneau explica que de la escenografía emergen los tres "polos", indisociables, del discurso. En primer lugar, justamente, emerge la figura del enunciador, siendo su ethos la "garantía" de la enunciación. En segundo lugar, emerge una "cronografía", es decir, un momento en el tiempo del cual se hace surgir al discurso, y en tercer lugar emerge una "topografía", es decir, un lugar en el espacio del cual se hace surgir al discurso. La cronografía y la topografía dan forma a la

"escena validada" que supone la escenografía, es decir, a aquella imagen de mundo -o de una porción del mundo- que ya forma parte de la "memoria colectiva", y que por ello es un "modelo valorizado" que dará legitimidad al discurso (Maingueneau, 1996, p. 83-85). Como hemos visto en apartados anteriores, y como volveremos a ver con mayor profundidad en apartados subsiguientes, el problema de la temporalidad -y específicamente de la historia- es un problema central en "Teoría tradicional y teoría crítica". Todo a lo largo del escrito se están dando referencias temporales de pasado, presente y futuro, y todo aquello que se postula como hecho, como verdad, e incluso como necesidad, está íntimamente relacionado con el momento histórico en el que se lo ubica. Esto no sucede en relación a la espacialidad: no hay en todo el texto contextualizaciones espaciales -ni mucho menos geográficas- de aquello que se postula, lo cual nos permite concluir que el discurso se presenta como dentro de un espacio homogéneo, y en ese sentido, la validez de lo dicho se supone universal en referencia al eje espacial -es decir, por ejemplo, que lo que es verdad en Europa, desde donde se escribe, debe también ser verdad en América, Asia o África-. Finalmente, la combinación de tiempo y espacio da por resultado una escena validada que es la de la "arena de debate". En efecto, es en la arena de debate, cuyos modelos históricos podrían ser el ágora griego o el senado romano, donde se entablan los diálogos polémicos entre distintas ideas, ideas que se presentan como válidas para cualquier espacio -al menos dentro de los límites de la polis o la civitas, que son los límites del mundo-, pero que en realidad representan las posturas de las distintas generaciones presentes: lo ancestral, lo viejo, lo establecido, la tradición, la costumbre, contra lo original, lo nuevo, el porvenir, lo acorde a los tiempos, la urgencia del cambio.

6. La dimensión tópica de la argumentación

Pero la argumentación no sólo busca "construir consenso" a partir de las figuras retóricas, sino que también lo hace a partir del uso de ciertos "topos" o "lugares", estructuras formales sin contenido determinado que le moldean la argumentación (Amossy, 2000, p. 6). Estamos entonces frente a la cuarta dimensión de los discursos, la dimensión "tópica". Ruth Amossy, en *La argumentación en el discurso*, define al topos como aquel "modelo lógico-discursivo", aquel "esquema primario" y vacío en el cual "pueden introducirse una gran cantidad de enunciados", al que pueden convertirse los "razonamientos concretos", que no son sino "una de las innumerables actualizaciones posibles" (p. 13-14). Los topoi, en definitiva, son aquellos "principios generales que sirven de apoyo a los razonamientos pero no son razonamientos", en los que "el locutor no se presenta nunca como su autor (aunque efectivamente lo sea)", es

decir, que son presentados "como si tuvieran fuerza de ley, como si fueran de suyo", y que además resultan plausibles incluso al adoptar formas tópicas opuestas (p. 17). Al presentarse como universales, los enunciados cuentan con una forma de influencia, con una fuerza persuasiva, que "orienta la continuación de un diálogo", del diálogo que supone todo discurso, desde el mismo momento en que es significativa (p. 18).

Ya Chaim Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca, en *Tratado de la argumentación*, habían postulado la recurrencia de estas "premisas de carácter muy general", de este "arsenal" del que parece tener que hacer uso todo aquel que pretenda "fundamentar valores o jerarquías, o reforzar la intensidad de la adhesión que suscitan" (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989, p. 144-146). Los autores definen los cinco topoi más recurrentes como aquellos de la "cantidad" -"algo vale más que otra cosa por razones cuantitativas"-, de la "cualidad" -la "valorización de lo único"-, del "orden" -la "superioridad de lo anterior sobre lo posterior"-, de "lo existente" -la "superioridad de lo que existe, de lo que es actual, de lo que es real, sobre lo posible, lo eventual o lo imposible"-, y de "la esencia" -conceder un valor superior a todas las entidades que puedan caracterizarse como representantes de una esencia- (p. 148-162). Si nos fijamos con atención, podemos encontrar ejemplos en "Teoría tradicional y teoría crítica" de cuatro de los cinco topoi, a veces incluso en las dos formas tópicas posibles para cada uno de ellos. Así, el topos de la cantidad aparece en un par de apelaciones a la noción de "mayoría" -por ejemplo, a la mayoría miserable de la sociedad, que da cuenta de la necesidad del cambio-, pero también -y sobre todo- aparece de forma invertida en el cuestionamiento irónico al "sentido común" y su extensión, así como a la necesidad de las "masas". El topos de la cualidad, por su lado, aparece profusamente en todas los señalamientos de la singularidad histórica que indican el ya trabajado concepto de "necesidad histórica". El topos de lo existente aparece principalmente en forma invertida, ya que una perspectiva que se pretende "crítica" -de los modos de pensar, pero también de actuar, y del mundo en general- implica, sobretodo, marcar positivamente la potencialidad, lo que aún no está presente pero podría estarlo, las posibilidades de superación y trascendencia de la realidad vigente, y, en una palabra, de la "tradicición". Finalmente, el topos de la esencia se hace visible en toda una serie de adjetivaciones: "real", "verdadero", "absoluto", "acabado", "profundo", y sus contrarios: "aparente", "falso", "parcial", "superficial", "fantasioso", "ilusorio", todas estas palabras ponen de relieve cómo una misma entidad del mundo puede responder o no a su "esencia", a su "concepto", a su "idea", a su "naturaleza".

Vemos entonces que lo más valorado en nuestro corpus es: lo cualitativamente singular, potencial y esencial. Justamente, Perelman

y Olbrechts-Tyteca acuerdan en que el uso mayoritario del lugar de la cualidad es un rasgo frecuente en los discursos "de aquellos que quieren cambiar el orden establecido", deseo mediado, en el caso particular de nuestro texto, por la crítica de ese "orden establecido". Pero además, los autores afirman que el de la cualidad es un lugar "romántico" -por oposición a lo "clásico", en el marco de los paradigmas culturales del occidente moderno-. Así, serían lugares románticos "lo único, lo original y lo nuevo, lo destacado y lo notable en la historia, lo precario y lo irremediable", pero también "el amor, la caridad y la fidelidad" (p. 165-168). En efecto, como hemos resaltado, todos estos elementos parecen gravitar en torno a la "historia", la cual, en la singularidad de sus distintos momentos -únicos, originales, novedosos, etcétera-, va alumbrando distintas necesidades -irremediables-. Y sobre todo, estas necesidades históricas tienen la forma, en lo que a la sociedad en su conjunto refiere, de la justicia, de la armonía, de la equidad -es decir, de cierto modo particular de entender el "amor"- . Sin embargo, esta es sólo una cara de la moneda: "Teoría tradicional y teoría crítica" recurre también a muchos lugares "clásicos". Para los autores, son lugares clásicos: "lo que es universal", "lo que es racional y generalmente válido", lo "esencial, lo que interesa a la mayoría", y también valores como los de "veracidad y justicia"; "el pensamiento y la contemplación" (167-168). Ciertamente, nuestro corpus apela a valores esenciales y de validez universal -no en términos históricos pero sí geográficos, como hemos visto-; afirma la relevancia de la praxis teórica -aunque de corte crítico-; y considera que aquellas necesidades históricas recién mencionadas lo son porque interesan a la mayoría -aunque ésta pueda no ser conciente de ello-, y que sólo podrán realizarse mediante la construcción de una sociedad racional.

Pero además de los topoi propiamente dichos, existen otras figuras argumentativas, como el "lugar común" y el "estereotipo". Amossy habla del lugar común como aquel "tema consagrado", "reiterado", como aquella "idea fija", "repertorio" u "opinión común": es una suerte de topos pero con un contenido mucho más concreto (Amossy, 2000, p. 15-16). Ejemplos de lugar común en "Teoría tradicional y teoría crítica" son claramente los rotulamientos de ciertas ideas como propias de un "materialismo vulgar", o bien de un puro y fantasioso "idealismo". Decir de una postura teórica que se corresponde a alguna de estas rúbricas es suficiente para dar por tierra con ella, sin demasiadas justificaciones, y en una palabra, para desecharla y avanzar en el propio razonamiento. Como afirma Amossy, lugares comunes como estos cumplen la función "pragmática" de "encadenar" los eslabones argumentativos del discurso, por medio de su mera enunciación. El estereotipo, por su parte, aparece definido por la autora como un conjunto de "imágenes del otro y de sí mismo", creadas a partir de la asociación de un grupo

determinado con una serie de adjetivos que lo caracterizarían (p. 21). El ejemplo más claro de estereotipificación en nuestro corpus aparece cada vez que se habla de la "teoría tradicional": con ella se refiere a un "grupo" -el de sus practicantes o ideólogos-, y a dicho grupo se le adjudican todo un abanico de modalizaciones: idealismo, abstracción, cientificismo, utopismo, interés, parcialidad, pero también el no poder ver su propio rol en las relaciones de producción, el poner su conocimiento al servicio de la utilidad material, el mantener una relación acrítica con las masas, entre las más destacables. Del mismo modo, se estereotipa la imagen del propio grupo: los practicantes e ideólogos de la "teoría crítica" se asocian al historicismo, la contextualización de su saber, el anhelo de trascendencia de la realidad, la superación de ciertas falsas dicotomías, la relación reflexiva con el mundo y sus distintos grupos, la marginalidad de su posición dentro del campo disciplinar, la posesión de ciertas verdades -por ejemplo en relación a la economía-, y la capacidad de observar totalidades, por solo nombrar las más relevantes.

7. La dimensión deíctica de la argumentación

Todo lo que hemos visto hasta ahora pone de relieve el bajo grado de neutralidad y objetivismo con el que se construyen los discursos, incluso aquellos que más neutrales y objetivos aspiran a ser o se supone normalmente que son, como los académicos. En este último apartado veremos cómo la subjetividad emerge en los discursos, y sobre todo, para el caso que tenemos entre manos, cómo emerge en su faceta "personal" y en su faceta "temporal". Nos adentramos así en la quinta dimensión de los discursos argumentativos, la dimensión deíctica, aquella que analiza las emergencias de subjetividad en el discurso, es decir, la aparición de elementos discursivos cuyo sentido depende del contexto de enunciación y, en definitiva, del sujeto enunciador mismo. Dijimos que una de las facetas en las que emerge la subjetividad en nuestro corpus es la faceta personal, y este hecho puede estudiarse a partir de la noción de "entidades del imaginario político" que nos brinda Verón. El autor explica que los discursos, por su carácter político, se fundan en la construcción de ciertas imágenes de sí y del "otro", algo que ya hemos visto desde otro ángulo en el apartado anterior. Él enumera una serie de entidades, de las cuales aquí nos interesan dos: los "meta-colectivos singulares" y las "formas nominalizadas". Los meta-colectivos singulares son entidades que no admiten la cuantificación ni la fragmentación, y que abarcan un espectro mayor de identidad que la del propio grupo al que adscribe el enunciador. Las formas nominalizadas, por su parte, son entidades que adquieren "autonomía semántica" respecto del contexto enunciativo, y así es que funcionan como "fórmulas" o incluso como "slogans", puesto que

operan reduciendo metafóricamente el contenido total, ya sea de la propia doctrina o de la ajena (Verón, 1987, p. 18-19). En "Teoría tradicional y teoría crítica", son ejemplos claros de meta-colectivos singulares: "la sociedad actual", "la época moderna", "el hombre actual", "la comunidad presente" y, el más abarcativo de todos, "la humanidad". En todos estos casos, lo que antes denominamos el prodestinatario del discurso se encuentra incluido dentro del colectivo, pero éste incluye más que aquel: evidentemente, la humanidad no se reduce a los partidarios de la teoría crítica. Al mismo tiempo, en todos estos casos el colectivo aparece en singular, y no puede ser de otro modo, porque se sobreentiende que no hay más que una época moderna, que un hombre actual, o que una humanidad. Por otro lado, los ejemplos de formas nominalizadas más cabales en nuestro corpus son "la teoría tradicional" y "la teoría crítica", entidades que refieren al colectivo identificatorio ajeno y propio respectivamente, o al contra y al prodestinatario. En los dos casos, cada vez que se nombra estos imaginarios, se da por sentada la descripción detallada de ellos -la que trabajamos más arriba-, ella se presupone conocida, pues de alguna manera está "contenida" en la fórmula que la enuncia, que entonces funciona como símbolo de la descripción.

En *¿'Situación de enunciación' o 'situación de comunicación'?*, Maingueneau nos brinda unas claves para entender otra cara del mismo fenómeno de emergencia de la faceta personal de la subjetividad en el discurso. El autor muestra cómo aquellos textos en donde dicha emergencia no es la típica primera personal singular -"yo"- que refiere al sujeto enunciativo, éste adopta otras formas que cumplen la misma función, por ejemplo, para el caso que nos interesa, el "nosotros". La forma "nosotros" implica la enunciación de una "persona ampliada" o "extendida", que no equivale a la adición de varios "yo" sino que es en sí mismo un "yo" de otra naturaleza, originariamente colectiva. En los textos académicos como el que aquí estamos analizando, se denomina específicamente "nosotros mayestático" o "nosotros de autor", y ella pone de relieve que el saber es, por un lado, siempre un objeto argumentativo, y por el otro, una creación nunca individual (Maingueneau, 2005, p. 2). Los indicadores concretos de esta emergencia en nuestro corpus son los siguientes: "no hemos de extendernos", "nos referimos brevemente", "formulaciones de nuestro saber", "construimos el proceso", "nos remite a los fundamentos", "la hemos caracterizado", "el que aquí planteamos", "aún estamos lejos", "como ya hemos expuesto", "podríamos agregar", "a que nos referíamos", "más bien diríamos", "si pretendiéramos limitarnos", "digamos", "lo que percibimos", "esto nos lleva al problema", "como hemos expuesto", "debemos precisar mejor", "no digamos", "queremos esbozar brevemente", "según lo hemos expuesto", "aquí aludimos", "como la entendemos aquí",

"actividad propia" y "no hemos de tratar aquí". Como podemos ver, el "nosotros" es en realidad siempre tácito aquí, con lo cual concluimos que la emergencia del colectivo enunciador como tal es más bien accidental, casi involuntaria.

Respecto de la segunda faceta de emergencia de la subjetividad en el discurso, Maingueneau afirma que toda situación de comunicación implica un "modo de inscripción en la dimensión temporal", que tiene diferentes ejes. El eje de la dimensión temporal que nos importa resaltar aquí es el de la "caducidad": los distintos tipos de discursos tienen distintas "vidas", "duran" un tiempo determinado -por ejemplo, un periódico caduca a las veinticuatro horas-. Un texto como "Teoría tradicional y teoría crítica" se presenta como "eternamente legible", dentro de un período histórico determinado -la modernidad capitalista, como hemos visto más arriba y como profundizaremos a continuación-. Lo interesante es que, según el autor, el modelo de texto eternamente legible -al menos hasta la llegada del apocalipsis/redención- es la Biblia, en sus distintas variantes, la cual también se presenta, al igual que nuestro corpus, como texto fundacional. En definitiva, nuestro corpus caducaría sólo al imponerse la "teoría crítica" como forma hegemónica de teorizar. Esta cuestión de la caducidad, a su vez, nos lleva al tema de la "memoria". Los discursos tienen distintas capacidades de memorización según el "medio" o "soporte" en el cual se presenten. Nuestro corpus, por caso, se presenta desde su primera enunciación pública en la forma material de texto escrito, lo cual lo convierte en un "medio de traspaso" adecuado en relación a su finalidad de volver a leerse una y otra vez (Maingueneau, 2005, p. 4-5).

Pero quien más se dedicó a la cuestión de los déicticos es Catherine Kerbrat-Orecchioni, quien en *La enunciación de la subjetividad en el lenguaje* ocupa amplio espacio a la faceta temporal de aquellas "unidades subjetivas" que son los "shifters", las "palabras cuyo sentido varía con la situación" (Kerbrat-Orecchioni, 1997, p. 45). Toda enunciación, explica la autora, se realiza desde un "tiempo cero" cuya referencia déictica es el momento mismo de la instancia enunciativa. Partiendo de ese punto, la elección de toda forma de pasado, presente o futuro es, precisamente, una elección -léase, arbitraria-, puesto que refleja la manera "enteramente subjetiva" en que el enunciador enfoca temporalmente aquello de lo que habla. Así, puede enfocarse un mismo objeto discursivo "dilatándolo" o "puntualizándolo", "en su desarrollo o en su acabamiento", "sumergiéndolo en el pasado" o "vinculándolo al presente". En este sentido, no hay "tiempos absolutos", la temporalidad es siempre déictica (p. 60-61). Los déicticos cuya referencia es tiempo cero pueden ser de "simultaneidad" -ejemplos de ello en nuestro corpus son: "por el momento" y "ahora"-; de "anterioridad" -como: "hasta

ahora", "desde hace ya tiempo", "en lo que va de la historia", "sobrevivencia del pasado", "hace ya décadas", "se desactualiza", "ámbitos aún precapitalistas", "hasta este momento" y "antes"-; de "posterioridad" -como: "dentro de un tiempo previsible", "en el futuro", "espontaneidad del futuro", "ese futuro", "imagen del futuro", "todavía está por cumplirse" y "hasta entonces"-; y "neutros" - como: "la idea que hoy se tiene", "la lógica de nuestros días", "está presente", "hoy", "en esta época", "la sociedad de hoy", "presente histórico", "en el presente", "en la actualidad", "a la orden del día", "permanece", "históricamente dada", "aún hoy", "luchas del presente" y "en nuestros días"-. Como puede notarse, hay en nuestro texto una profusión de referencias temporales, pero apenas dos de ellas son de simultaneidad, es decir que la vigencia de lo dicho nunca es "del momento", acontencimental o fugaz, sino que coincide siempre con grandes períodos históricos, como ya lo habíamos trabajado.

Pero Kerbrat-Orecchioni nos muestra algo más, y es que en su dimensión temporal los discursos suelen hacer uso de una serie de "adjetivos deícticos": si se hace variar el tiempo cero, lo "futuro" puede devenir "actual" o "antiguo", por ejemplo, o lo "clásico" puede volverse "moderno" (Kerbrat-Orecchioni, 1997, p. 63). Así, vemos que para la referencia del tiempo pasado se utilizan, en el texto de Horkheimer, adjetivaciones como: "en los últimos períodos", "formas históricas", "antiguas dinastías", "en épocas anteriores", "organización social caduca", "orden perimido", "figura histórica ya terminada", "la vieja sociedad", "en el último siglo". Para la referencia del tiempo presente, se utilizan otras como: "el estado actual de la ciencia", "en la investigación corriente", "de la sociedad actual", "estado actual de la investigación", "época moderna", "configuración actual", "forma presente", "actual división del trabajo", "al momento presente", "el pensamiento más actual", "miseria presente", "realidad ya existente", "situación imperante", "lo vigente", "estado actual de las fuerzas", "de naturaleza ya presente", "en el momento histórico actual", "economía política contemporánea", "están ya presentes", "punto de vista actual", "comunidad presente", "en las circunstancias actuales" o "un período histórico como el actual". Finalmente, para la referencia del tiempo futuro, encontramos en el texto los siguientes ejemplos: "sociedad futura", "datos sociopsicológicos futuros", "en épocas futuras", "la cultura futura" y "comunidad futura". Es de notar que, si para el pasado y el presente, aparecen una variedad amplia de adjetivos, para el tiempo futuro sólo aparece la adjetivación del mismo sustantivo que lo nomina: futuro/a/os/as. Creemos que esto está íntimamente relacionado con la cosmovisión de la historia que tiene el autor de "Teoría tradicional y teoría crítica": la historia de la humanidad bien puede reducirse a la modernidad capitalista -el presente-, la pre-modernidad o el pre-capitalismo -el pasado, nominado a partir del presente-, y lo que deberá ser la trascendencia

de la modernidad y el capitalismo -el futuro, también nominado desde el presente, pero no adjetivado, puesto que en definitiva permanece potencial y, por ello, desconocido-.

8. Entrecruzamiento y cierre

Dado que ya hemos ido extrayendo numerosas conclusiones parciales en cada uno de los apartados, quisiéramos ahora, a modo de cierre, ver el funcionamiento de aquello que denominamos el "círculo argumentativo" en tres oraciones clave del corpus. A) "Todavía estamos lejos de esa situación": aquí aparecen referencias deícticas personales y temporales, también aparece una descripción de un estado de cosas que se presenta como verdadero para poder persuadir al auditorio, lo cual además entra en diálogo polémico con la posición que sostiene que "esa situación" es la vigente. B) "La teoría crítica no está ni 'arraigada', como la propaganda totalitaria, ni tiene la 'libre fluctuación' de la inteligencia liberal": aquí aparecen ya no una sino dos posiciones contrapuestas a la sostenida por la instancia enunciativa, y esto sucede además por medio del uso de comillas polémicas, del señalamiento de colectivos nominalizados, de adjetivaciones fuertes y con un cierto tono irónico, y con el ineludible rastro de la posesión de una verdad. D) "El futuro de la humanidad depende hoy del comportamiento crítico": una vez más aparecen referencias, en este caso a dos tiempos diferentes, aparece también la enunciación de un deber, certificado por el ethos y el pathos que rodean a la oración, pues aunque no aparecen explicitados, el nivel de asertividad y conclusividad de la misma lo presuponen, de allí el tono de urgencia e inapelabilidad, asociado por supuesto a la enunciación del propio colectivo de identificación. Se cierra entonces el círculo argumentativo del discurso. Las cinco dimensiones que encontramos y que fuimos desplegando -en los apartados 3 a 7- aparecen mutuamente entretejidas, y al final sólo resultan separables analíticamente. Además, las cinco dimensiones -dialógica, polémica, retórica, tópica y deíctica- resultan indisociables de la cuestión de las finalidades y los géneros discursivos -trabajada en el apartado 2-, y de las características performativas de cualquier tipo de discurso -trabajadas en el apartado 1-.

Referencias bibliográficas

- Amossy, R. (2000), *L'argumentation dans le discours. Discours politique, littérature d'idées, fiction*, París, Nathan.
- Bajtín, M. (1979), *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (1985), *Qué significa hablar. La economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal.

- Charaudeau, P. (2004), "La problemática de los géneros", *Revista Signos*, 37 (56): 23-39.
- Ducrot, O. (1990), *Polifonía y argumentación*, Cali, Universidad del Valle.
- García Negroni, M. M. (2009), "Dialogismo y polifonía enunciativa. Apuntes para una reelaboración de la distinción discurso/historia", *Páginas de Guarda*, 7: 11-27.
- Horkheimer, M. (2003), "Teoría tradicional y teoría crítica", *Teoría crítica*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Kerbrat-Orecchioni, C. (1997), *La enunciación de la subjetividad en el lenguaje*, Buenos Aires, Edicial.
- Maingueneau, D. (1996), "El 'ethos' y la voz de lo escrito", *Revista Versión*, 6: 79-92.
- Maingueneau, D. (1998), *Análisis de textos de comunicación*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Maingueneau, D. (2005), "¿'Situación de enunciación' o 'situación de comunicación'?", *Revista Discurso.org*, 4 (7), en línea.
- Perelman, C. y Olbrechts-Tyteca, L. (1989), *Tratado de la argumentación*, Madrid, Gredos.
- Plantin, C. (2012), *La argumentación. Historia, teorías, perspectivas*, Buenos Aires, Biblos.
- Verón, E. (1987), "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política", Verón, E. et. al. (comps.), *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires, Hachette.

